

JESÚS A. NÚÑEZ VILLAVERDE

Israel y la nueva oportunidad para la paz en Oriente Medio

La victoria del laborista Ehud Barak en las últimas elecciones de Israel supone el inicio de una nueva etapa, no carente de retos, en la historia del país. Entre los principales desafíos a los que se enfrenta Barak destacan el desbloqueo del Proceso de Paz, las dificultades de formar un equipo de gobierno homogéneo, la situación económica y el ensanchamiento de las fracturas sociales en el Estado judío. Para lograrlo, el político cuenta con un amplio respaldo popular, el prestigio de haber sido el militar más condecorado de la historia de Israel, un partido más cohesionado que sus rivales y un apoyo decidido desde el exterior.

Jesús A. Núñez Villaverde es investigador del CIP.

Los resultados de las recientes elecciones israelíes han provocado una reacción de júbilo generalizado, no tan sólo en el ámbito interno, sino, incluso de manera más evidente, en el seno de la comunidad internacional. La victoria del laborista Ehud Barak a la cabeza de la coalición *Un Israel*,¹ el pasado 17 de mayo, ofrece posiblemente la última oportunidad para evitar que cristalicen en un nuevo conflicto abierto las negativas tendencias que se han ido agravando en estos tres últimos años.

El período inaugurado en mayo de 1996 por el ahora derrotado Benjamin Netanyahu, no sólo no ha permitido resolver ninguno de los problemas internos que sufre la sociedad israelí sino que, en relación con sus vecinos, ha frustrado todas las esperanzas depositadas en el proceso iniciado en Madrid a finales de 1991. Su intento de reemplazar el principio asumido entonces de “paz por territorios” por una fórmula inviable que planteaba “paz por seguridad”, y la debilidad de

¹ Formada por el partido laborista, el *Gueser* (sefardí) y el *Meimad* (religioso).

su propia posición en un gabinete fragmentado y subordinado a los intereses de los grupos ultraortodoxos, llevaron al bloqueo del proceso y, sobre todo, a la pérdida de la confianza mutua que caracterizaba la etapa anterior. La recuperación de ese clima, que permitió superar las inevitables crisis que surgieron entonces, deberá ser la principal prioridad de Barak con el objetivo de alcanzar una paz no sólo deseable para los árabes y para la comunidad internacional, sino también para la mayoría de la población israelí.

Para ello es preciso que, de forma inequívoca, el nuevo equipo de gobierno demuestre una voluntad y una capacidad políticas incluso superiores a las que caracterizaban al binomio Rabin-Peres, con las que afrontar las decisivas etapas de negociación que quedan pendientes tanto con los palestinos como con los sirios y los libaneses. No puede darse por hecho, en ningún caso, que la desaparición de Netanyahu supondrá automáticamente la recuperación del ritmo de avance que se había logrado tras la firma de los Acuerdos de Oslo. Existen, por el contrario, numerosos obstáculos que deben ser superados para evitar una nueva y dramática explosión de violencia que certificaría definitivamente la defunción del Proceso de Paz.

En primer lugar, es necesario prestar atención a las negociaciones que se están desarrollando para la formación del nuevo gabinete ministerial. La incontable victoria de Barak en las elecciones para primer ministro no se ha visto correspondida por otra similar de su partido en las elecciones parlamentarias. Mientras que el primero ha superado a su oponente por un margen de 12 puntos, haciendo innecesaria la segunda vuelta que todos los pronósticos anunciaban, el partido laborista ha perdido siete escaños en la *Knesset*, aunque sigue siendo el más numeroso del arco parlamentario. Pese a que el retroceso del *Likud* ha sido todavía más claro (con una pérdida de 13 escaños) estos resultados configuran un Parlamento aún más fragmentado que el anterior, con quince partidos representados,² haciendo más compleja la labor de formación de un equipo coherente y comprometido con las líneas de actuación que los laboristas han apuntado durante la campaña electoral. La imposibilidad de articular un gabinete homogéneo obliga a la búsqueda de socios más allá de las fronteras ideológicas que definen a cada partido, en una negociación que debe combinar el respeto a unas orientaciones estratégicas de largo alcance con los intereses particulares de cada grupo, interesado en lograr compensaciones a cambio del apoyo prestado. A pesar de las resistencias internas que puedan provocar ciertos acuerdos, se percibe el interés de los responsables laboristas por construir una coalición gubernamental de amplia base. Para ello, no se descarta la inclusión final de los ultraortodoxos del *Shas*, con los que ya compartieron asiento en épocas pasadas, ni de sus directos rivales del *Likud*.

Matemáticamente existe la posibilidad de diseñar un gabinete respaldado por la mayoría de los 120 diputados electos sin contar con ninguno de estos dos parti-

² El anuncio efectuado por el primer ministro electo de promover una reforma de la ley que otorga representación parlamentaria a cualquier partido que obtenga el 1,5% de los votos a escala nacional, para elevarlo al 2,5%, no parece que vaya a resolver el problema, aun en el caso de que consiga el apoyo parlamentario necesario.

dos, pero para ello sería preciso apoyarse en una multiplicidad de socios que sólo genéricamente podrían englobarse bajo la denominación de centro-izquierda laica, por oponerla al grupo de derecha, encabezado por el *Likud*, y al de los grupos religiosos. Más allá de esa identificación superficial hay que tener en cuenta que una coalición de ese tipo sería excesivamente débil por la dificultad para mantener a medio plazo la cohesión entre los diferentes grupos (que irían desde los partidos que concentran el voto de los inmigrantes de origen ruso, hasta el reestructurado *Shinui*, que defiende con fuerza la opción laica ante el creciente acoso de los fundamentalistas religiosos). Por otra parte, dejaría fuera a la segunda (*Likud*) y tercera (*Shas*) fuerzas parlamentarias, libres así para desarrollar una labor de crítica y de movilización contra cualquier decisión que se tratara de tomar respecto al Proceso de Paz. Por último, para alcanzar esa mayoría sería preciso contar con el apoyo de los dos partidos árabes con representación en la cámara, contraviniendo una de las más claras normas no escritas de la vida política israelí. Para evitarlo sería necesario, al menos, integrar al *Shas*, lo que a su vez podría traducirse en el rechazo de algunos de los potenciales socios.

En definitiva, si se quiere encarar la culminación del Proceso de Paz con una base electoral lo suficientemente sólida para comprometer al país en su conjunto y evitar la utilización partidista de los efectos de cualquiera de las importantes decisiones que es necesario adoptar a partir de ahora, parece más aconsejable incorporar a las tres principales fuerzas, a las que se podrían añadir otros socios que refuercen la posición de los laboristas. La ya anunciada retirada de Netanyahu de la vida política puede ayudar a facilitar la necesaria confluencia de intereses para reproducir fórmulas de gobierno ya ensayadas en décadas pasadas. En cualquier caso, aunque nada garantiza que ésta vaya a ser la fórmula de gobierno que se adopte, al menos puede servir como marco de referencia para calibrar hasta dónde llega el convencimiento de las principales fuerzas políticas israelíes de estar ante la última oportunidad para evitar un retroceso de consecuencias fatales para el conjunto de la región. Mientras tanto, la experiencia obliga a relativizar las excesivas expectativas generadas por la victoria laborista, no dando por hecho que su nueva llegada al poder signifique una pronta y fácil resolución del conflicto árabe-israelí.

A pesar de las diferencias iniciales que puedan existir entre los dos principales partidos israelíes —el *Shas* no plantea especiales problemas a este respecto— existe suficiente espacio de maniobra para encontrar una vía común que posibilite la finalización de un conflicto, cuya pervivencia imposibilita que Israel pueda cumplir sus objetivos últimos: garantizar su supervivencia como un país aceptado por sus vecinos, servir de hogar para toda la comunidad judía y consolidar su integración entre el reducido grupo de países desarrollados. Sin embargo, no puede ocultarse que un gabinete así formado obligará, con toda seguridad, a los laboristas a atenuar o incluso a abandonar algunas de las ideas que ya se habían ido filtrando sobre el alcance de las concesiones que estarían dispuestos a ofrecer a sus vecinos en las negociaciones de paz, tanto en relación con los temas del Estatuto Final de los Territorios Palestinos, como en lo que se refiere a la retirada del sur del Líbano o la reanudación de las negociaciones con Siria. A cambio de ello, cabría esperar un mayor nivel de cumplimiento de lo acordado.

La experiencia obliga a relativizar las excesivas expectativas generadas por la victoria laborista.

Es necesario encarar sin más dilaciones los delicados temas del estatuto de Jerusalén.

Superada ya la emblemática fecha del 4 de mayo, que ponía punto final al período transitorio definido en el marco de los acuerdos alcanzados con los palestinos, Barak necesita enviar urgentemente alguna señal de avance, que apunte a una solución definitiva del contencioso. No basta con que se asuma el compromiso de cumplir inmediatamente con lo acordado en Wye Plantation en octubre de 1998, que no era más que la renovación de un compromiso anterior no cumplido, sino que es necesario encarar sin más dilaciones los delicados temas del estatuto de Jerusalén, el futuro de los asentamientos y de los refugiados, la definición de las fronteras y la entidad política de los Territorios. En contra de lo esperado en un principio, es precisamente en este frente en el que menos declaraciones novedosas se han dado a conocer por parte de los nuevos dirigentes, más activos en cambio en desbloquear los capítulos libanés y sirio. Éste podría ser un indicio más de las dificultades que plantea la formación de la coalición gubernamental, dado que el tema palestino provoca mayores resistencias que las que se derivan de la conclusión de la presencia israelí en la franja de seguridad del Líbano o del abandono de los Altos del Golán.

Con respecto al primero de estos asuntos hay que recordar que tanto los laboristas como los conservadores han declarado su deseo, convertido en importante reclamo electoralista, de poner fin a una presencia que ya ha provocado la muerte de más de 1.200 soldados israelíes. Como señal clara de ese consenso, que responde asimismo a una amplia reclamación social, el pasado 1 de junio se produjo el primer repliegue de fuerzas de ocupación³ y todo parece indicar que la resolución de este problema podría estar próxima. Los laboristas han dado a conocer un plan en cinco fases para cumplir con su promesa electoral de retirar a los 1.500 soldados que ocupan la zona libanesa en el plazo de un año. Dada la estrecha implicación de Siria en Líbano es evidente que no puede avanzarse en este tema si no hay, al mismo tiempo, un desbloqueo de las paralizadas negociaciones con Damasco. De hecho, este tendrá que ser el primer paso antes de que se pueda desarrollar un plan que incluye el compromiso de un cese de las hostilidades por parte de la guerrilla de *Hezbollah*, la convocatoria de una conferencia para negociar la retirada (con la presencia no sólo de Israel, Líbano y Siria, sino también de la Unión Europea y EE UU), la evacuación completa por parte del ejército israelí y sus aliados libaneses de la zona y el despliegue de una fuerza internacional de paz por un período que deberá ser concretado, tras el cual la zona pasaría a ser controlada por Líbano. El arreglo del problema de los Altos del Golán sólo podría producirse una vez que este plan haya entrado en su fase resolutive.

Si cada uno de los problemas pendientes del Proceso de Paz es, en sí mismo, un reto a la capacidad política de los nuevos gobernantes israelíes, el catálogo de tareas que deben acometer no se agota en este terreno. En el ámbito interno están planteados, al menos, dos frentes de preocupación creciente en los que el gabinete saliente no ha logrado ningún avance: la situación económica y el ensanchamiento de las fracturas sociales. En el primer caso, hay que recordar

³ Se trataba, en todo caso, de fuerzas de las milicias del Ejército del Sur del Líbano, formadas por mercenarios y elementos libaneses aliados de Israel, que abandonaron la posición de Rum en dirección a Yesin.

que, junto con el Proceso de Paz, la mejora de la situación económica ya era, en palabras de los anteriores responsables gubernamentales, la máxima prioridad de su actuación pública. De hecho, la finalización del conflicto con sus vecinos era una condición *sine qua non* para rentabilizar las ventajas comparativas del país dentro del marco regional y para permitir una redistribución, más racional, de los recursos disponibles, con vistas a facilitar la integración de una corriente inmigratoria que experimentaba un continuo aumento desde la caída del muro del Berlín y consolidar la presencia de Israel entre los países desarrollados. Los indicadores económicos muestran que la situación no ha mejorado tres años después y se mantiene, con mayor urgencia, la necesidad entonces planteada.

En el terreno social es donde se identifica, no obstante, el mayor de los problemas internos, por mucho que la persistencia del conflicto regional desvíe frecuentemente la atención de los medios de comunicación. Su relevancia es, sin embargo, tan considerable que cabe pensar que, en un hipotético escenario en el que finalmente la paz con sus vecinos llegue a instaurarse, Israel puede sufrir un proceso de inestabilidad interna de graves consecuencias. Por una parte, se percibe una fractura creciente entre una sociedad mayoritariamente laica y una minoría fundamentalista, en términos religiosos, que juega un papel político muy por encima del que le corresponde a su verdadero peso social. La mencionada fragmentación de la *Knesset* obliga a cualquier gobierno a recabar el apoyo de estos pequeños grupos que obtienen, a cambio, unos privilegios y un poder político desmesurado; todo ello sin olvidar que existen otros grupos que viven absolutamente al margen del Estado, cuando no enfrentados a él, y que mantienen unos derechos heredados como compensación por los sufrimientos causados por el Holocausto, claramente discriminatorios frente al resto de la población.

Por otra parte, las diferencias entre judíos sefardíes (procedentes de los países africanos y mediterráneos) y askenazíes (originarios de Europa Central y Oriental) siguen impregnando todas las esferas de la vida israelí, creando agravios comparativos, normalmente a favor de estos últimos, que poco contribuyen a cohesionar un país tan diverso. Esa diversidad, evidente cuando se constata que los 5,7 millones de personas que habitan en Israel proceden de cien países distintos y hablan setenta lenguas diferentes, sigue acrecentándose con la llegada de inmigrantes de origen ruso, poco identificados con las señales de identidad clásicas del Estado judío. Tampoco puede olvidarse que el 18% de esa población está formada por ciudadanos de origen árabe (palestinos en su inmensa mayoría), que decidieron quedarse en la zona que habitaban cuando fue creado el Estado de Israel. Su integración plena como ciudadanos israelíes sigue siendo, como se encargó de simbolizar el candidato árabe Azmi Bichara, una asignatura pendiente.

Esta situación, que ya está generando tensiones muy agudas en el seno de la sociedad israelí, cuestiona las bases del propio Estado, que ya no puede mantener por más tiempo la ilusión de que el único factor de identidad que aglutina a tan diversos grupos sociales pueda ser la religión judía (y la cohesión que siempre provoca la existencia de una amenaza común). Es necesario reformular el concepto mismo del Estado de Israel, consensuando unas nuevas señales de identidad acordes con los postulados de un Estado de derecho moderno, que permitan superar las actuales fracturas y desactivar su potencial desestabilizador.

Cualquiera de los problemas aquí planteados requerirá más esfuerzos que el rescate del recientemente hallado submarino *Dakar*,⁴ pero, al igual que en ese caso, sólo su resolución permitirá cerrar definitivamente una etapa de la historia de Israel y mirar al futuro con nuevas esperanzas. Barak sabe que no podrá contar con el tradicional “período de gracia” que se otorga a quien inicia su mandato político, pero, a cambio, dispone de un amplio respaldo popular, de su imagen como el militar más condecorado de la historia israelí, de un partido más cohesionado que sus rivales y de un apoyo decidido desde el exterior (EE UU y Unión Europea). ¿Serán estas bazas suficientes para el éxito?

⁴ Submarino de guerra israelí, adquirido en 1968 a Gran Bretaña y hundido misteriosamente con toda su tripulación en su primer viaje antes de alcanzar las costas israelíes, que ha sido localizado a 2.900 metros de profundidad entre Creta y Chipre el pasado mes de mayo.